

Una respuesta a Ricardo Sánchez sobre *Gente muy rebelde**

Renán Vega Cantor**

Aunque no tengo la costumbre de responder reseñas, porque me parece que debería dejarse proceder sin restricciones a la crítica cuando es independiente y seria, he creído necesario referirme al comentario de Ricardo Sánchez sobre *Gente muy rebelde* que apareció en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* No. 31, por su irresponsabilidad y su falta de rigor.

Ese texto surgió como resultado de una visita que efectué a la Universidad Nacional para charlar sobre mi obra, con motivo de la cual el profesor Heraclio Bonilla me solicitó, teniendo en cuenta la extensión de la investigación (4 volúmenes, 14 capítulos y 1660 páginas), sugerir algunos capítulos para que fueran leídos por los estudiantes del doctorado, entre los cuales se encontraba Ricardo Sánchez. Para el efecto, propuse la lectura de la Introducción (vol. 1, pp. 23-51), y de un capítulo de cada volumen, acerca de lo cual se escribieron diversas opiniones, desde luego muy fragmentarias. Cuál no sería mi sorpresa al confirmar que una de esas opiniones fue publicada en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, considerando que este comentario se basa de manera exclusiva en la Introducción. Resulta bastante discutible que un comentario sobre mi obra se base sólo en esas 28 páginas. ¿Con qué autoridad intelectual se ha hecho pública esa pretendida reseña?

El escaso rigor de Sánchez es todavía más evidente si se recuerda que, tras las lecturas de los comentarios escritos de los estudiantes del doctorado, yo respondí señalando lo que consideraba fundamentado y aquello con lo que discrepaba. Me detuve con cierto detalle en las críticas de Ricardo Sánchez –las mismas que han sido publicadas– y traté de responder una a una. De mis respuestas y aclaraciones de ese día nada fue incorporado a la presunta reseña que ahora comentamos. Esta penosa circunstancia sobre el origen de dicha “reseña” es muy reveladora de su calidad intrínseca, lo que en sí mismo ameritaría dejarla a un lado como algo trivial. Sin embargo, por el injustificado despliegue que su propio autor le ha dado al difundirla en una revista tan importante, voy a referirme a sus comentarios, para demostrar la ligereza de quien la escribió.

Para comenzar, a Sánchez no le gustan las apreciaciones que yo hago en la presentación sobre las características de los profesionales de la historia contem-

* En razón de que para el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* son muy importantes los debates y la discusión que se mantenga en los lineamientos académicos, el Comité Editorial decidió publicar el texto que envió el profesor Renán Vega como respuesta a la reseña de Ricardo Sánchez (publicada en el No. 31) haciendo uso del derecho de réplica. Se tomó esta decisión a pesar de que el texto ya se encuentra colgado en la página web *Espacio Crítico* (www.espaciocritico.com).

** Autor de *Gente muy rebelde: Protesta popular y modernización capitalista en Colombia (1909-1929)* (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002) 4 vols., 1660 páginas.

poránea porque “tiene un tono panfletario y aun cuando dice verdades, las generalidades en sus afirmaciones desdican del rigor historiográfico exhibido a lo largo de la obra”.¹ Si lo que allí digo son generalidades, habría que señalar los autores y libros de la producción historiográfica reciente que desmienten mis apreciaciones y ocuparse de demostrar por qué mis consideraciones sobre el tema son unilaterales o sesgadas. Pero él no lo hace y se limita a responder con generalidades.

Tampoco hemos insinuado en ningún lugar que nosotros seamos los iniciadores de la historiografía sobre las protestas sociales y que *Gente muy rebelde* parta de cero. Tamaña pretensión de nuestra parte no sólo sería irreal sino estúpida, porque significaría desconocer el legado historiográfico de la época estudiada. En consecuencia, no tiene sentido sostener que “no es justo con la obra por sus calidades, exhibirla como si allí comenzara, de manera original los estudios de éste periodo, así sea legítima (toda vanidad lo es), la pretensión del autor de ser el mejor de todos, pero ese es otro asunto más prosaico”.² ¿Dónde se dice, en los cuatro volúmenes de *Gente muy rebelde*, que con esta obra comienzan los estudios sobre este período? ¿En dónde afirmo que “soy el mejor de todos” o lo insinúo? ¿No será más bien que la vanidad y suficiencia del crítico se proyecta hacia mí y hacia mi obra, endilgándome apreciaciones que yo no hago en ninguna parte?

A Sánchez parece molestarle que yo no adule a los historiadores actuales, ni a todos aquellos que pudieron haber hecho aportes en otros momentos, pero que hoy forman parte de la vieja nueva historia, plegada por completo a las formas tradicionales de dominación. Me parece que en este caso no es necesario dar detalles, porque a la vista están los ejemplos de Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Miguel Urrutia, Marco Palacios o Salomón Kalmanovitz, todos los cuales abandonaron el mundo de la investigación histórica para convertirse en escuderos del capitalismo o en burócratas de elevada remuneración.

Con referencia a mi pretendido desconocimiento de los antecedentes historiográficos, al parecer el reseñador ni siquiera leyó las dedicatorias de los libros, ya que la del volumen 4 dice así: “A la memoria de Ignacio Torres Giraldo (1892-1968), luchador popular, dirigente socialista y pionero de los estudios históricos sobre la rebeldía de las masas en Colombia”.

En su “reseña”, Sánchez no consideró las respuestas que di el día que estuve en la Universidad Nacional, las cuales ahora le recuerdo: yo sí leí la gran parte de la producción historiográfica sobre mi tema de investigación, incorporando sus aportes más valiosos, como puede apreciarse en el extenso listado de las fuentes empleadas; y también efectué un balance historiográfico sobre las luchas sociales de las primeras décadas del siglo xx, pero éste no fue publicado en *Gente muy rebelde* por la extensión que alcanzó esta obra.

¹ Ricardo Sánchez, “Reseña: Renán Vega Cantor. *Gente muy rebelde*”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 31 (Bogotá, 2004): 361.

² Sánchez, “Reseña...” 361.

Aparte del preámbulo, Ricardo Sánchez trata seis asuntos, derivados exclusivamente de su lectura de la Introducción. Abordemos cada uno de ellos.

Primer asunto

Está relacionado con algunas cuestiones de la teoría sobre las clases sociales y la lucha de clases. Sobre este tópico se dedica a especular sobre Thompson, señalando lo obvio de la complejidad de la multitud y el mundo plebeyo, pero sin referirse a *Gente muy rebelde*, como si allí no existiese un intento de aproximarse a tópicos similares a los propuestos por Thompson, pero para el caso colombiano.

Con respecto al modelo de Rudé, uno de los aspectos en que me apoyé para escribir *Gente muy rebelde*, Sánchez anota:

El historiador Renán Vega Cantor le presta la debida atención a los aportes de George Rudé, al estudio de la protesta popular y nos presenta su modelo con sus componentes y otros elementos complementarios. Rudé como lo recuerda Vega se cuida de indicar que ese modelo es válido solamente para el caso específico que él estudió, el siglo XVIII europeo. No obstante se adopta el modelo por considerarlo pertinente. Pero sus límites son evidentes como lo veremos, ya que la mayoría, en mi juicio, no aplican y afortunadamente no parecen haber sido aplicados en la obra.³

Esta es una afirmación por lo demás temeraria. ¿Cómo puede saber alguien que no escudriñó con cuidado en todos los libros si las características del modelo de Rudé fueron o no aplicados en la obra? Sánchez se solaza con especulaciones abstractas, sin relacionarlas con mi análisis de conjunto, limitándose a los apuntes de la Introducción, como si no existieran desarrollos de esos apuntes en diversos capítulos de la obra. Considerando cada uno de esos capítulos de manera juiciosa, sí podría concluirse algo medianamente coherente sobre la pertinencia del modelo de Rudé.

Por otra parte, respecto al historiador R. Guha, en la exposición oral que hice en la Universidad Nacional, antes de escuchar la lectura de la “reseña” de Sánchez, mencioné que una de las limitaciones de mi investigación radicaba en mi desconocimiento de su obra, a una parte de la cual sólo tuve acceso después de publicar *Gente muy rebelde*. No obstante, algunos de los problemas develados por Guha ya habían sido considerados, así fuera de manera tangencial por otros autores en los que nos basamos (como Thompson, Rudé y Gramsci), y por esa razón se tocan en cierta forma en nuestra obra, aunque con las limitaciones propias del desconocimiento de la compleja reflexión de uno de los fundadores de los estudios subalternos. Para señalar sólo un tópico, en *Gente muy rebelde* se asume que las clases subalternas no pueden ser estudiadas exclusivamente a partir de la

³ Sánchez, “Reseña...” 363.

dominación y de la hegemonía, como si estas fueran omnímodas e insuperables, sino que deben tenerse en cuenta sus diversos mecanismos de resistencia, adaptación y lucha. Esta idea clave de Guha, aunque no la habíamos conocido de manera directa a la hora de escribir *Gente muy rebelde*, sí aparece señalada en algunos momentos de nuestra investigación, por lecturas sobre las protestas sociales que se mueven en parámetros analíticos similares, como se pone de presente en los diversos ámbitos de la cultura popular de resistencia que se bosqueja en distintas partes de nuestros libros. Si nuestro reseñador de ocasión los hubiera leído completos, se habría enterado de la permanente tensión que allí se bosqueja entre dominación y resistencia. Nos hubiera gustado mucho que Sánchez nos indicara las contradicciones específicas en que incurrimos al estudiar esas tensiones y la manera como se mantiene o se fragmenta la hegemonía, y las relaciones entre lo espontáneo y lo consciente, que está de alguna manera vinculado al análisis de Gramsci y también a la concepción de la ideología de la protesta popular de Rudé, o a las acciones de los plebeyos de Thompson.

Si Ricardo Sánchez no leyó toda la obra, resulta muy pretenciosa y artificial su conclusión en lo relativo a la aplicación del modelo de Rudé: “Pero, sometiendo a escrutinio los seis componentes de Rudé en este contexto presentado queda muy poco”.⁴ ¿Cómo que queda muy poco, si en el análisis de las distintas formas de protesta social se enfatiza la manera como operan los seis componentes o algunos de ellos? Aunque el modelo de Rudé nos ha servido como orientación investigativa y metodológica, en ninguna parte hemos dicho que fuera una camisa de fuerza a la cual teníamos que sujetarnos de manera incondicional. Ese modelo fue de gran ayuda para efectuar nuestra reconstrucción histórica, por lo cual Sánchez no tiene razón cuando señala que “George Rudé sabía muy bien, del por qué de su advertencia. El esfuerzo de Renán Vega por hacer coincidir con adaptaciones el modelo de Rudé, termina torciéndole el cuello a la realidad analizada”. Para demostrar su aserto, agrega Sánchez:

Tiende a imponerse y lo logra la huelga por empresa, rama industrial, de carácter general y de masas. Incluso la forma política de huelga de solidaridad. No sólo en los enclaves mineros, petroleros, banano y ferrocarriles, sino en el campo cafetero. Eran huelgas activas con piquetes de lucha, comités y formas de organización sindical. La copiosa investigación de Vega lo demuestra. No es que no existan las formas de protesta señaladas por el autor, propias de relaciones de una sociedad en transición hacia el capitalismo y la semiindustrialización, sino que ya son otras formas las que ocupan la escena histórica, las propias del proletariado que no eran excluyentes sino incluyentes de otros sectores populares.⁵

⁴ Sánchez, “Reseña...” 364.

⁵ Sánchez, “Reseña...” 364-365.

En primer lugar, Rudé también está analizando una sociedad en transición al capitalismo, donde ya se presentan las huelgas obreras clásicas, las cuales se interrelacionan, se mezclan y se yuxtaponen a otro tipo de protestas de artesanos, tenderos, pequeños comerciantes, por lo cual recomienda analizar cada tipo de protesta como una totalidad. Modestamente, nosotros también intentamos hacerlo estudiando cada forma de protesta en sí misma como una totalidad concreta. A partir del análisis de Rudé, nuestra guía metodológica consistió en estos pasos: estudiar las condiciones materiales de existencia en las que se inscribe una protesta, para determinar sus causas y sus móviles; determinar las fuerzas sociales que participan en una protesta y las respuesta del Estado; reconstruir las consignas y símbolos presentes en cada acción de lucha para captar la ideología y la cultura de la protesta popular.⁶

En segundo lugar, nos cuidamos de señalar que “*muchos de los aspectos considerados [por Rudé] son pertinentes para analizar la protesta popular en Colombia entre 1909 y 1929*”.⁷ Y más adelante, agregamos: “*En términos generales, los presupuestos de George Rudé sobre la protesta popular han contribuido a determinar el sentido, alcance y motivaciones de los diversos tipos de protesta popular que se describen en esta investigación*”.⁸ Tuvimos, entonces, la precaución de advertir que de la propuesta de Rudé íbamos a retomar muchos aspectos, pero no todos.

En tercer lugar, hemos intentado aproximarnos al respectivo contexto de cada protesta para entender las razones que impulsan a las clases y fracciones de clase allí involucradas, sin tratar de forzar la realidad para adaptarla a un modelo (incluyendo el de Rudé), sino de examinar las condiciones concretas, esto es en el sentido más fuerte históricas, en las que se producen dichas protestas. Cuando, por ejemplo, analizamos las protestas obreras, se muestran las particularidades de la configuración de la clase obrera, así como las formas de lucha que asume, y sus vínculos con las experiencias de los artesanos. No le “torcemos el cuello a la realidad”, como si introdujéramos de contrabando el análisis de las “formas modernas” de protesta del naciente proletariado colombiano y no lo vinculáramos con la defensa de sus tradiciones culturales, que nos remiten a sus nexos históricos con artesanos y campesinos, o lo que puede llamarse la resistencia a la proletarización. En *Gente muy rebelde* señalamos que la irrupción del capitalismo transformó a la sociedad colombiana de tal manera que las otras relaciones sociales se subordinaron a la relación típica del capitalismo. Para citar un caso, las protestas cívicas, con su amplio espectro de reivindicaciones y su carácter multclasista, están relacionadas con “las tensiones que en distintos lugares del país generaba la modernización capitalista, impulsando la lucha por obtener ciertos servicios públicos, disminuir impuestos o, simplemente, defender valores y tradiciones amenazados por los

⁶ Renán Vega Cantor, *Gente muy rebelde*, vol. 1 (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002) 47.

⁷ Vega Cantor 31.

⁸ Vega Cantor 36.

vientos modernizadores”.⁹ Esto no implica desconocer el carácter de las protestas cuando el capitalismo ya está consolidado, cuyas características corresponden a otras formas de organización social, o, como lo dice Rudé, “en nuestra moderna sociedad industrial ha habido muchos casos de disturbios de tipo preindustrial”.¹⁰

En resumen, si se mira con cuidado nuestro análisis, se podrá encontrar una explicación social y cultural de la diversidad de formas de lucha que asumen los trabajadores de los enclaves y de los transportes desde finales de la década de 1910.

Segundo asunto

Se reduce a una exposición, muy convencional por lo demás, sobre las relaciones entre clase y género, para indicar que “aunque hay un capítulo sobre las mujeres no se presenta una conceptualización acerca de las relaciones género/clase y ni siquiera se menciona en la *Introducción*”.¹¹ Quedan dudas sobre si el reseñador leyó ese capítulo, porque allí se utilizan las nociones de género y de clase, a tal punto que existe un apartado titulado “Moralidad católica, explotación de clase y discriminación de género”,¹² en el que se intenta una reflexión histórica para el caso colombiano. En ese capítulo se aporta documentación relacionada con el comportamiento contradictorio de los obreros y de los socialistas ante las mujeres, ya que empezaban a esbozar un discurso sobre la mujer, pero sin traspasar los límites de la dominación patriarcal. ¿Sánchez ni siquiera entrevió las citas textuales sobre el machismo de los obreros contra las obreras que hay a lo largo de todo el capítulo?

Nuestro crítico se complace con divagaciones narcisistas sobre género y clase, en las que no se hace ni una sola referencia a las luchas de las primeras generaciones de obreras colombianas y sus vínculos con el socialismo, cuestión a la que nosotros sí intentamos aproximarnos, pese a los problemas suscitados por la escasez de fuentes. Por no considerar lo concreto, Sánchez nunca se pregunta sobre la cantidad y calidad de las fuentes de que disponemos para estudiar los nexos entre clase y género. Este punto de partida, elemental en cualquier reconstrucción histórica, nos lleva a recordar la afirmación de Edward Thompson sobre afrontar la investigación histórica considerando la “realidad ambigua y ambivalente” del Archivo, antes que las divagaciones teóricas al margen de la realidad concreta que se está estudiando.

⁹ Vega Cantor 28.

¹⁰ George Rudé, *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII* (Ariel: Barcelona, 1978) 32.

¹¹ Sánchez, “Reseña...” 365.

¹² Vega Cantor, vol. 3, 210-219.

Tercer asunto

De otro lado, cómo pensar a los pueblos indígenas y negros en el contexto de ésta lucha social? Hay un largo capítulo sobre los indígenas en el tercer [sic] volumen de *Gente muy rebelde*, pero en la Introducción no se discute el tema (...) ¹³

Nos parece genial que el autor haya leído el largo capítulo sobre los indígenas en el tercer volumen de *Gente muy rebelde*, lo que indica su gran cuidado como lector y crítico, puesto que ese capítulo no está en el tercer sino en el segundo volumen. Al margen de ese “gran rigor”, su preocupación permanente es la Introducción, lo que allí se dice o se deja de decir. Esta obsesión por la Introducción, la única parte que leyó, nos recuerda esa forma de escribir historia hoy tan desprestigiada de hacer grandes reflexiones teóricas y metodológicas (tipo la peor filosofía de la historia), al margen de la información empírica con la que se cuenta, y presentar la teoría como algo separado del análisis histórico concreto.

Para completar, dice que “hay una gran ausencia de la lucha y la cultura afrocolombiana que viene a tener gran influencia en la conformación de los rasgos culturales de grandes regiones, no sólo el Pacífico, sino de ciudades y epicentros regionales como Cali y el Valle de Cauca, Cartagena y otros espacios del país”. ¹⁴ Esa ausencia se explica por no haber encontrado fuentes sustanciales sobre las luchas de las comunidades negras, a pesar de nuestra minuciosa búsqueda en archivos y prensa durante varios años. De seguro esas luchas existieron pero, como resultado del racismo y la discriminación que pesa sobre la población negra del país, de las mismas no se han conservado muchos rastros, lo que ha hecho imposible, por lo menos para el período de nuestro interés, efectuar una reconstrucción de las protestas de la población afrodescendiente. ¡Ojalá hubiésemos encontrado esas huellas para incluir por lo menos un capítulo sobre las luchas de la sufrida población negra de este país!

Resulta muy fácil señalar las carencias de una obra cuando no se consideran las razones documentales por las cuales no aparecen ciertos sectores sociales. Sánchez debió señalar dónde se encuentra la información sobre las luchas de los pueblos afrocolombianos a principios del siglo xx, porque si esa información no existe, se está especulando alegremente.

Cuarto asunto

Dice Sánchez: “Sobre la ideología de la protesta popular Vega afirma: ‘También se mezclan elementos propios con elementos derivados y, [sic, falta coma en la cita, más no en el original] vaya casualidad, aquí lo mismo que el ejemplo

¹³ Sánchez, “Reseña...” 369.

¹⁴ Sánchez, “Reseña...” 369.

mencionado por Rudé, una de las motivaciones adaptadas más notables proviene de la Revolución Francesa”¹⁵ Y con gran suficiencia señala después:

No hay ninguna casualidad, la influencia de la Revolución Francesa con distintas intensidades está presente en la historia de Colombia desde su realización por su alcance cosmopolita. Está en el protagonismo de Antonio Nariño y los precursores y en Bolívar y los demás realizadores de la independencia. ¿Apasiona? [sic] la política decimonónica y la formación de los partidos liberal-conservador y el debate entre gólgotas y draconianos. Atraviesa el drama de las Sociedades Democráticas y su revolución de medio siglo.¹⁶

Este apunte de Ricardo Sánchez se desprende del hecho de no haber leído con cuidado lo que quiere decir “vaya casualidad” en su respectivo contexto. Allí se está diciendo que existe una sorprendente coincidencia entre acontecimientos históricos completamente dispares y distantes en el tiempo y en el espacio, ya que Rudé está hablando de Francia e Inglaterra en el siglo XVIII y yo de Colombia en las primeras décadas del siglo XX. Cuando me refiero a “vaya casualidad, *aquí lo mismo que el ejemplo mencionado por Rudé*, una de las motivaciones adaptadas más notables proviene de la Revolución Francesa.”¹⁷ estoy destacando que resulta sorprendente que, en dos contextos por completo distintos, la Revolución Francesa haya tenido un impacto notable. De ninguna manera se desconoce que la Revolución Francesa haya influido en la historia colombiana anterior, como decimos enseguida en la continuación del párrafo que se cuida de citar Sánchez: “Porque la protesta de los artesanos y de los primeros sectores obreros estaba directamente relacionada con la recepción particular del ideario de la Revolución Francesa que pervivió durante muchas décadas en el imaginario de algunos sectores subalternos y que reaparecía con más fuerza en los momentos de conflicto social abierto, es decir, durante los motines y protestas”.¹⁸

Sobre la influencia en el largo plazo de la Revolución Francesa, remito a Ricardo Sánchez a *Ideal democrático y revuelta popular*, libro del cual soy coautor y donde se hace un recorrido histórico acerca del impacto ideológico y cultural de ese proceso revolucionario en los sectores populares de Colombia desde finales del siglo XVIII hasta el 9 de abril de 1948. En ese libro se analizan con detalle algunos de los procesos que menciona nuestro crítico y muchos otros que él no tiene en cuenta.

¹⁵ Sánchez, “Reseña...” 369.

¹⁶ Sánchez, “Reseña...” 369.

¹⁷ Vega Cantor, vol. 1, 33.

¹⁸ Vega Cantor, vol. 1, 33.

Quinto asunto

Está consagrado a la cuestión, siempre polémica, sobre la historia total. Concretamente, Sánchez se refiere a esta cita de Peter Burke: “Me gustaría dedicar dos ‘¡vivas!’ a la historia popular: el primero por mostrarnos las estructuras sociales que sirven de base a los acontecimientos políticos y el segundo por devolverles la dignidad humana a las personas corrientes. Mi tercer ‘¡viva!’ me lo reservo para la historia total, una historia en la que por fin se borra la distinción entre ‘nosotros’ y ‘ellos’”.¹⁹

Al respecto, Sánchez considera: “Bueno, esta definición es o debe ser un imposible, no hay borrón y cuenta nueva en materia de la historia humana, lo otro es mixtificar las realidades”.²⁰ Parece olvidársele que se está haciendo referencia al proyecto de escribir una historia total, una propuesta siempre actual y necesaria. Además, ese proyecto está relacionado con la urgencia de transformar la historia real para que sea posible que mañana se borren las diferencias basadas en la explotación y en la opresión.

Luego de esa afirmación, Sánchez presenta algunas apreciaciones teóricas y metodológicas a partir de la obra de Harvey J. Kaye sobre el marxismo británico, propuesta con la que coincido punto por punto. Sánchez se limita a tomar mi cita de Peter Burke, sin examinar el contexto, el cual tiene que ver con los límites y alcances de la historia popular, perspectiva teórica y analítica en la que se sitúa *Gente muy rebelde*. Allí se advierte sobre los sesgos populistas en que puede incurrirse si se rinde un culto poco crítico a los sectores populares y se sugiere establecer vínculos analíticos entre éstos y las clases dominantes, para lo cual se propone una historia total. En el esfuerzo por escribir una historia total hemos retomado la idea marxista de totalidad. Para analizar si este intento se encaminó o no en esa dirección y si se lograron superar los esguinces populistas, Sánchez no debería considerar únicamente la introducción ni las citas que allí se presentan (como la de Burke) sino toda la obra. Algo vano, por la sencilla razón de que no la leyó, como se demuestra con el hecho de que, casi punto por punto, en *Gente muy rebelde* existe una relativa coincidencia con lo que plantea Kaye y que Sánchez resume:

Me parece más clara y pertinente la apreciación, a propósito de la historiografía marxista británica realizada por Harvey J. Kaye. Brevemente, el marco teórico adoptado es: 1) Sobre los orígenes, desarrollo y expansión del sistema social capitalista, destacando los problemas de la transición del Feudalismo al Capitalismo. 2) El análisis de la lucha de clases, como historia desde abajo, historia popular hasta la adecuada fórmula de historia de abajo arriba. Es la historia hecha, la experiencia

¹⁹ Citado en Vega Cantor, vol. 1, 45-46.

²⁰ Sánchez, “Reseña...” 370.

desarrollada y las acciones adelantadas por las clases trabajadoras, así ellas no hayan escrito, conformando una ruptura con la historia de la élites. 3) La historia de abajo arriba, se concibe como social y por ende total, dando cuenta por lo tanto de una historia desde “arriba” (el pedido de Perry Anderson), superando las historias económicas o culturales ya que se las integra. Incluso como señala R Johnson, lo cultural es ampliado o revisado, en oposición a lo meramente “artístico-literario” y “elitista” [aquí va la nota 17]. 4) Este marxismo viene a ser histórico, social, más propiamente un marxismo político. 5) Hay una recreación de la temporalidad histórica, en una tradición de Marx. Así por ejemplo en Dobb, Harvey J Kaye lo sintetiza así: señala que una concepción de la historia que caracteriza las épocas históricas en términos de su “tipo predominante de relación socio-económica” necesita una teoría de la historia que pueda explicar no sólo los períodos de “cambio gradual y continuo”, sino también esos períodos en los que el *tempo* se acelera anormalmente, y (...) la continuidad se rompe, como resultado de un brusco cambio de dirección de los acontecimientos [aquí va la nota 18]. Es el *tempo* de las revoluciones sociales, de las transiciones y rupturas de lo antiguo a lo nuevo.²¹

Antes de comentar este párrafo, es necesario destacar que Ricardo Sánchez tampoco es muy cuidadoso a la hora de citar a otros autores, porque copia en forma textual un párrafo de Kaye como si fuera de su cosecha. Eso es lo que sucede con el párrafo que va desde donde dice “Señala” hasta “acontecimientos”. ¡Este tipo de deslices son un botón de muestra del “gran rigor” e “impecable cuidado” de que hace gala Sánchez al tratar el material de otros autores!

Sobre esa larga cita, sin ninguna pretensión en *Gente muy rebelde* están considerados, así sea de manera indirecta, algunos de esos aspectos. Veamos. Para empezar, en el primer capítulo se bosqueja la formación del capitalismo en Colombia, considerando la población, el despegue cafetero, las vías de comunicación, la industrialización, la configuración de los empresarios capitalistas y de los núcleos embrionarios de la clase obrera y los escenarios de la protesta popular. Este análisis busca precisar el marco histórico en que se desenvuelven las protestas sociales. En segundo lugar, la obra está dedicada a la lucha de clases, aunque en muy pocas ocasiones se utilice de manera explícita dicha denominación, incorporando las luchas de obreros, campesinos, indígenas, mujeres pobres y pobladores urbanos. En tercer lugar, es la historia real, hecha por todas estas clases, fracciones de clase y sectores populares, la que se reivindica en *Gente muy rebelde*. En cuarto lugar, nuestra concepción de historia total se refiere a la historia social, y a partir de esa idea se analizan las luchas, las movilizaciones y los aspectos culturales que de allí se derivan. En quinto lugar, nuestro análisis no solamente es histórico, sino político, como lo enfatizamos desde las primeras líneas que escribimos en la presentación y que tanto le disgustan a Sánchez. Por ese carácter político, sostenemos que la

²¹ Sánchez, “Reseña...” 370-371.

historia debe ser útil para entender las necesidades de nuestro presente histórico, y por eso criticamos la conversión del trabajo de investigación histórica en una actividad mercantil y en un mecanismo de ascenso social (como en el caso de la “nueva historia”). En sexto lugar, se tienen en cuenta las continuidades y rupturas que genera la emergencia del capitalismo, sin ignorar las particularidades de las protestas de aquellos sectores sociales que se mueven en un plano diferente al de la relación capital-trabajo, aunque puedan estar influidos por dicha relación.

Sexto asunto

Se menciona la categoría de un “Socialismo mestizo” muy brevemente, como el intento de fundir en un solo haz nuestras tradiciones históricas y culturales con algunos influjos del pensamiento internacional, acorde con las necesidades del país. Sin embargo, este intento fue más práctico que teórico (p. 35). De otro lado, en la segunda parte [sic] del Volumen 4: 1919-1924: El Partido Socialista y el intento de construir un “socialismo mestizo”, no se da cuenta en qué consiste ese “socialismo mestizo” en el partido socialista de la época.²²

Este es otro ejemplo de que Ricardo Sánchez no leyó todo el libro y lo poco que leyó fue hecho presurosamente, porque al comenzar el capítulo 2 del volumen 4 se aclara qué se entiende por “socialismo mestizo”. Entre paréntesis y para confirmar el poco cuidado de Sánchez, hay que enfatizar que ni en el volumen 4, ni en los otros, existen segundas partes, pues el apartado a que hace mención corresponde exactamente al segundo punto del segundo párrafo del segundo capítulo del volumen 4.

Valga aclarar que el término “socialismo mestizo” no tiene ningún sentido racial, ni muchos menos, sino *metafórico*, para referirnos a la mezcla de idearios, tan característica de las primeras fases de la historia del socialismo en Colombia. Entre esos idearios se encontraban el radicalismo y diversas tendencias revolucionarias procedentes de varios lugares del mundo. “Era un socialismo mestizo porque intentaba fundir diversas tradiciones nacionales y fusionar de una manera ecléctica variadas amalgamas ideológicas y políticas, entre las cuales sobresalía como elemento aglutinador el radicalismo liberal”.²³ Y, para que quedaran menos dudas sobre lo que entendemos por “socialismo mestizo”, en su momento citamos la tesis de grado consagrada al tema de Isidro Vanegas:

Socialismo mestizo quiere significar la existencia de un conjunto de dilemas antes que un juicio sobre la pertinencia o la importancia de un proceso político. Señala, entre otras controversias, la existente entre continuidad de las tradiciones políticas y

²² Sánchez, “Reseña...” 371.

²³ Vega Cantor, vol. 4, 81.

la incorporación de nuevos patrones doctrinarios, de organización, de movilización social; la opción entre la federalización organizativa y la centralización; entre la pluralidad y la homogeneidad ideológica. La opción entre un proyecto más autónomo (...) y otro más ligado al movimiento comunista internacional.²⁴

Si con esto no queda claro qué se entiende por “socialismo mestizo”, debe ser que escribimos en chino, o simplemente que el crítico Sánchez ni siquiera leyó completos todos los capítulos que le recomendamos cuando visitamos el doctorado en historia. Por eso, se puede dar el lujo de realizar cabriolas analíticas cuando dice:

La categoría de “Socialismo mestizo”, no esclarece sino que confunde dada la carga de significado del mestizo, liberador en la colonia y constituyente de identidades, pero en las calendas de la república se convierte en una categoría mixtificadora por parte del pensamiento positivista y liberal que busca la homogeneidad, en una Colombia esencialmente diversa. El socialismo de los trabajadores estaba formado de mujeres, indios, negros y mestizos. El socialismo es internacional e internacionalista con los respectivos aportes nacionales que pueden ser de gran alcance y entonces se dimensionan a escala internacional, como el caso de Gramsci en Italia, Mariátegui en Perú, Lenin y Trosky en Rusia, Rosa Luxemburg en Alemania.²⁵

Como si nosotros usáramos la noción de mestizos como reivindicación del mestizo racial que se construyó en Colombia desde finales de la colonia, desconociendo a los indígenas, negros, campesinos, obreros, pobres y mujeres; o dijéramos que esos mestizos raciales fueron los únicos participantes en las luchas socialistas de las tres primeras décadas del siglo xx, dejando a un lado a todos aquellos sectores subalternos no mestizos. Como el plano de nuestro análisis no es racial, sino social, político y cultural, el reparo de Sánchez tiene poco sentido, porque nunca desconocemos la contribución al socialismo de los sectores sociales subalternos ya señalados. Tampoco ignoramos el aporte internacional del socialismo y de sus pensadores y revolucionarios de diversos continentes. Insinuar eso, como lo hace Sánchez, sólo se puede derivar del hecho de no haber leído el volumen 4, en donde se encuentra una amplia reconstrucción del ideario y de la cultura socialista en Colombia, estudiando el impacto y recepción de las revoluciones francesa y rusa, y examinando cómo se mezclaron con las influencias artesanales y radicales, previamente existentes.

En las últimas líneas de su “reseña”, Sánchez concluye diciendo:

²⁴ Isidro Vanegas, *El socialismo mestizo: Acerca del socialismo temprano en Colombia*, tesis de grado en Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 1999, p. 80. Citado en Vega Cantor, vol. 4, 80, nota 1.

²⁵ Sánchez, “Reseña...” 371.

Destaco eso sí la ausencia de unos parámetros internacionales distintos a las influencias generales de la Revolución Francesa y Rusa, como el papel de las Internacionales la II y la III en el contexto de las luchas latinoamericanas para dar cuenta del significado de nuestra historia en el contexto internacional. Porque no existen meramente luchas nacionales ni socialismo nacional; estos son apenas capítulos, importantes sí, pero sólo capítulos de una lucha internacional.²⁶

Bueno, está de moda eso de exigir análisis comparativos, cuando la mayor parte de los historiadores colombianos no los hace. Aunque evidentemente en nuestra obra no hay un esfuerzo sistemático de tipo comparativo, sí existen referencias latinoamericanas en algunos capítulos del libro: al estudiar la Gran Depresión en Colombia; cuando se analiza el origen del Primero de Mayo; al describir la lucha de los Inquilinos en Barranquilla, se menciona al peruano Nicolás Gutarra y se evocan acciones similares que se presentaron en Lima a fines de la década de 1910; en el capítulo sobre el socialismo se menciona la influencia en nuestro medio de la lucha de Sandino y la ejecución de Sacco y Vansetti. En estas circunstancias, no es del todo exacto decir que en mi obra se desconoce el carácter latinoamericano de la lucha socialista. Desde luego, no hay un recorrido más amplio por el continente porque esta no era una historia de las protestas sociales y populares en América Latina sino en Colombia. Ya era bastante extenso el tema propuesto, por lo que nos pareció más apropiado establecer un punto de referencia sobre el caso colombiano, y a partir de allí estimular un análisis de tipo comparativo.

Ya para concluir, está muy bien que se hagan comentarios parciales sobre partes limitadas de una obra, sobre ciertos capítulos o incluso sobre su introducción, pero lo que no está nada bien es presentar esos análisis fragmentarios en público y en repetidas ocasiones como la *reseña de toda una obra*. En un país como Colombia, en donde en sentido estricto no existe crítica—seria, sistemática e independiente—y en donde abundan la adulación, la lisonja y las alabanzas mutuas, o la descalificación y la envidia, no se gana mucho sustituyendo la paciencia, dedicación y esmero de la labor crítica, por el facilismo, la pereza y la irresponsabilidad.

Además, la crítica de una obra de historia debe tener en cuenta aspectos básicos del trabajo de investigación histórica, tales como cantidad, calidad y variedad de las fuentes utilizadas, el rigor en analizarlas, la empatía del autor con su objeto de estudio, los anacronismos o arcaísmos en que puede incurrirse, la relación de los elementos teóricos con el material empírico, la pertinencia de sus hipótesis, los alcances y limitaciones de sus análisis, la calidad de su relato y de la reconstrucción global del problema abordado. Sin considerar estos aspectos

²⁶ Sánchez, “Reseña...” 372.

no hay crítica historiográfica sino divagaciones insustanciales, al margen de los problemas puntuales que se abordan en una investigación. Este tipo de vaguedades descontextualizadas caracterizan el lamentable escrito de Ricardo Sánchez sobre la Introducción de *Gente muy rebelde*.

Por todo lo anterior, es bueno recordar que si alguien quiere reseñar un libro con altura y ponderación, debe leerlo completo. Si no lo hace, en lugar de crítica está balbuceando sin sentido con el afán de figurar, práctica detestable que por lo demás caracteriza a los “eruditos” de las revistas de farándula.

Bogotá, marzo 23 de 2006